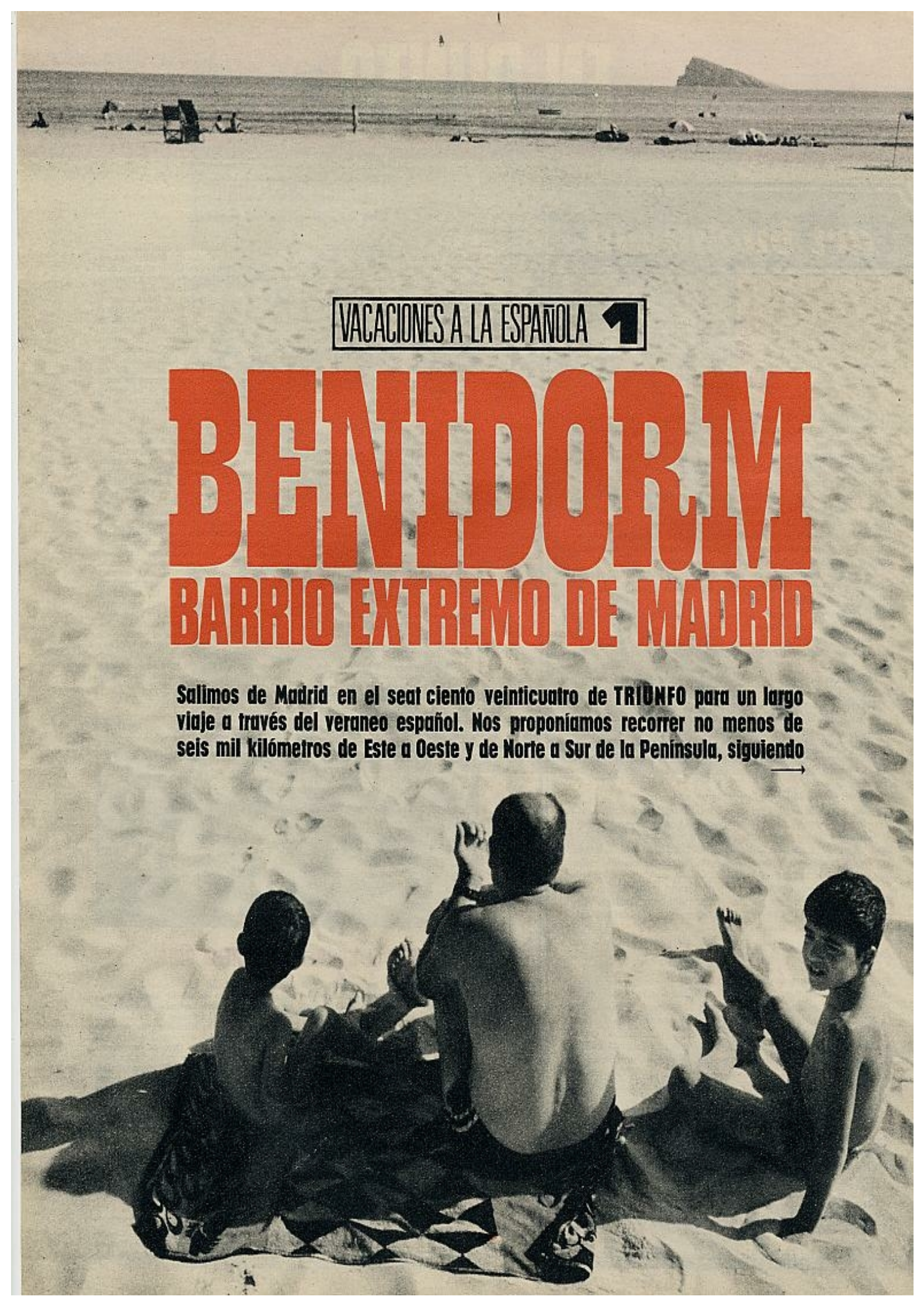




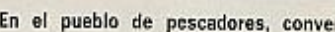
VACACIONES A LA ESPAÑOLA 1

BENIDORM

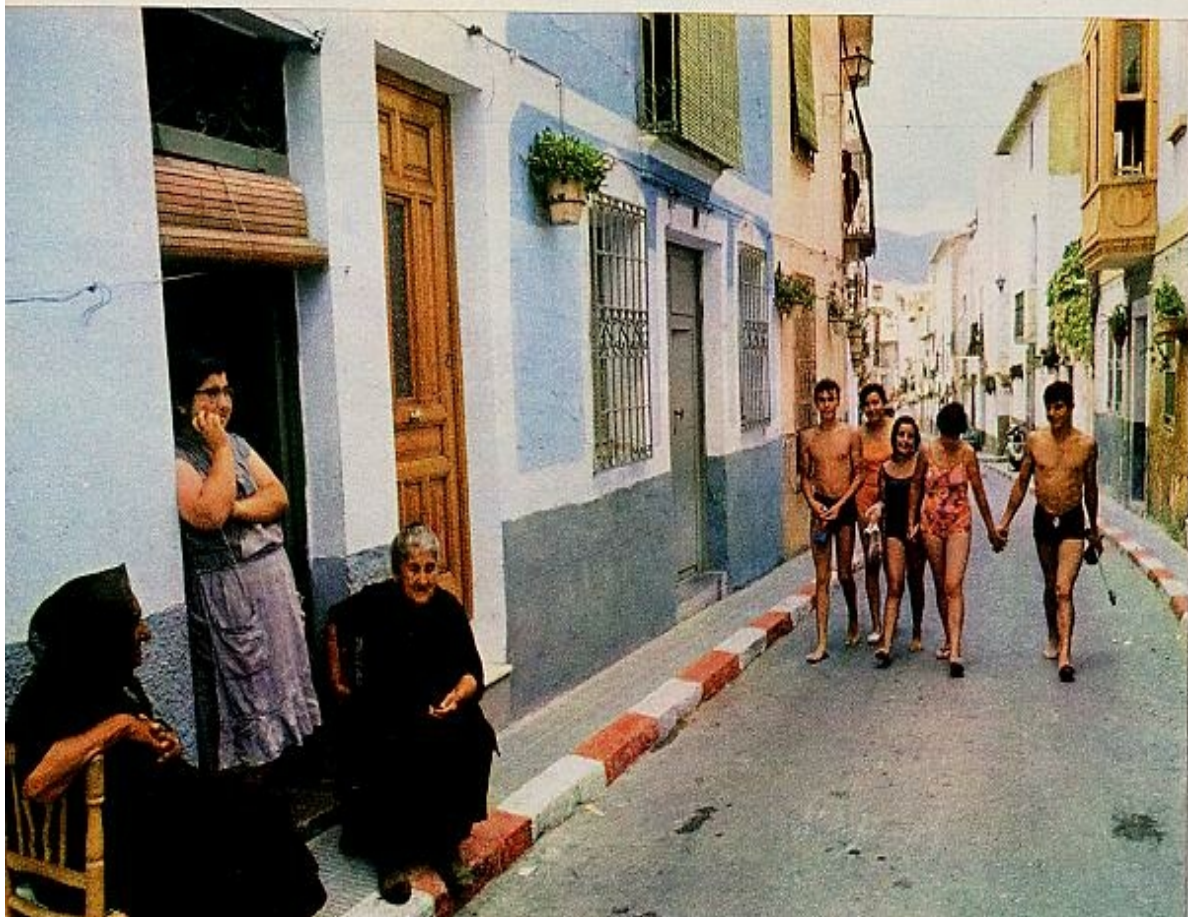
BARRIO EXTREMO DE MADRID

Salimos de Madrid en el seat ciento veinticuatro de TRIUNFO para un largo viaje a través del veraneo español. Nos proponíamos recorrer no menos de seis mil kilómetros de Este a Oeste y de Norte a Sur de la Península, siguiendo



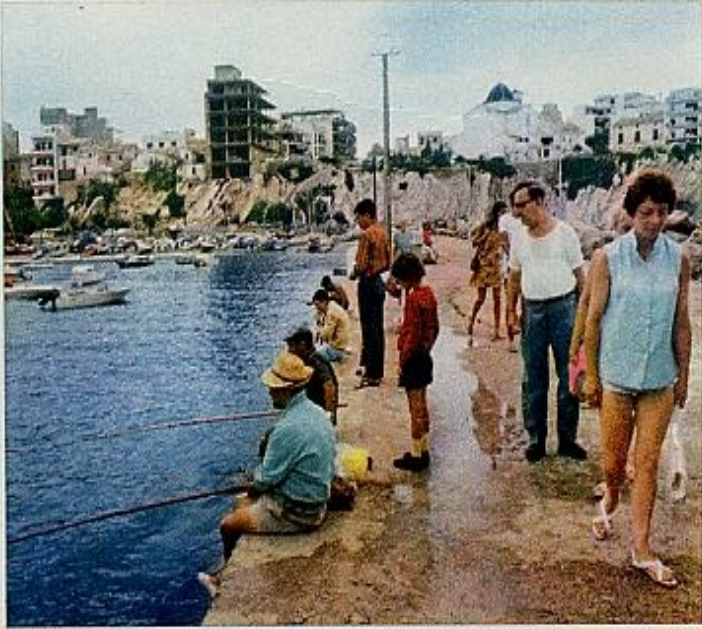


a la España veraniega que se traslada de las ciudades a las playas con la maleta llena de pantalones innarrugables, nikis de color naranja, bañadores historiadados, gorros de playa y cremas hidratantes. Desde la gasolinera que está a la altura del Cerro de los Angeles, a la salida de Madrid, el fotógrafo Pedro Antonio Parra y yo nos volvimos a contemplar la ciudad. El sol de don Felipe el Segundo, que no solía ponerse en los dominios de esta capital añeja, se había convertido andando el tiempo en el principal activo de una nación dedicada a los negocios turísticos. Pero ahora, a media mañana de un caluroso día de julio, freía en la inmensa sartén de la Villa y Corte a tres generaciones de ciudadanos que esperaban su turno de vacaciones pagadas, a los maridos laborables que te-





do en ciudad de rascacielos, transcurren las vacaciones a la española entre la barahúnda del turismo internacional. Pero los españoles son inconfundibles.

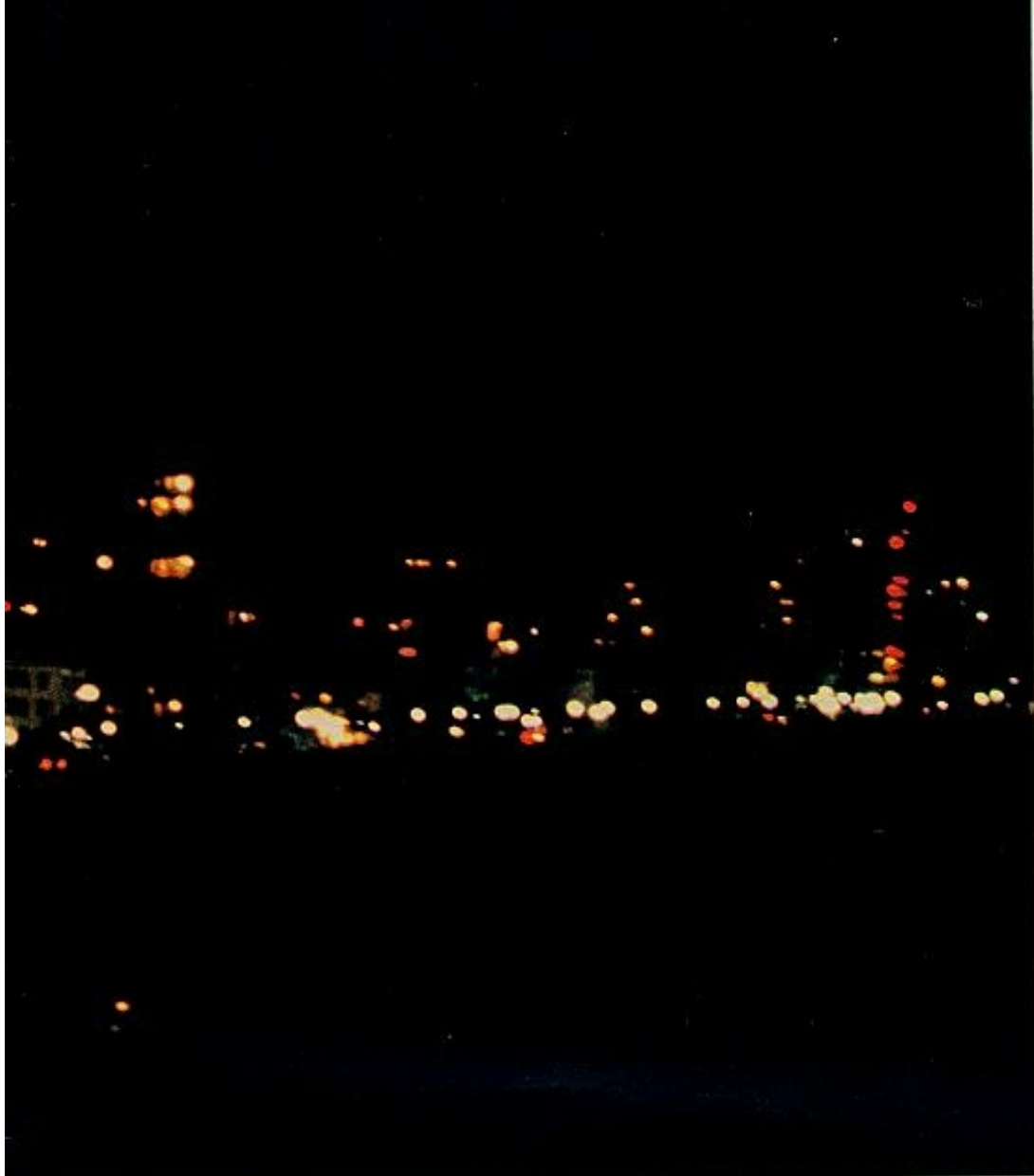


BENIDORM



Por la noche, la bahía, iluminada, bordeada de grandes bloques de apartamentos, da a Benidorm el aspecto de una gran ciudad. En el verano se reúne en Benidorm





una multitud aproximadamente de cien mil personas, que viene de todas partes en busca de sol y diversiones nocturnas.



nían las esposas y los hijos en la Sierra, a los guardias de servicio, al alcalde accidental, a los subsecretarios de turno, a los soldados de la guarnición y a aquellos otros incontables súbditos que por fas o por nefás, y más bien por lo segundo que por lo primero, se veían obligados a renunciar a las prestigiosas vacaciones.

Nuestra primera etapa era Benidorm, humilde aldea de pescadores de la costa alicantina convertida, de la noche a la mañana, en un emporio del turismo. No había dejado de sonar a nuestros oídos este nombre mágico de Benidorm, pronunciado en madrileño «Benidor», durante todo el año: «Yo voy a "Benidor", tú vas a "Benidor", él va a "Benidor", "Estoy deseando que llegue el verano para poder ir a "Benidor", "Pues a mí, "Benidor". Es bárbaro». En las tertulias de funcionarios, en las conversaciones de las oficinas, en los cuchicheos de las secretarías se pronunciaba esta palabra más que ninguna otra al hablar del próximo veraneo. La clase media madrileña, que por las tardes llena las cafeterías de la capital y consume más tortitas con nata y más café con leche que ninguna otra clase media del mundo, necesitaba una playa como Benidorm, magnífico emplazamiento, ambiente internacional, moderado lujo a precios moderados y donde «a más, te lo pasas fenómeno».

Hicimos el viaje hasta Alicante de un tirón, deteniéndonos sólo para comer en Almansa, bajo el fabuloso castillo que se alza en medio de una llanura dejada de la mano de Dios. Llegamos a Alicante ya anochecido y dimos una vuelta por las tabernas y mesones del Arrabal Roig, sentándonos después a tomar una horchata bajo las palmeras de la Explanada. Alicante es de las ciudades más bonitas de España. Ni siquiera los miles de turistas que aquí se concentran en el verano, con sus trajes de colores y sus sombreros de paja, ni los centenares de coches que recorren sus calles, son capaces de quitarle a Alicante su carácter de ciudad portuaria, medio fenicia y medio árabe, su nota desgarrada. Dormimos en un hotel próximo al achaparrado edificio del Teatro Principal, construido en el estilo del Partenón, pensando seguir viaje a Benidorm a la mañana siguiente. Es interesante llegar a Benidorm de día, con el sol. La cordillera de montañas que se extiende a lo largo de la Costa Blanca tiene el color de la piedra calcinada, y la ciudad de rascacielos, construida sobre el pequeño pueblo de pescadores, se nos aparece de pronto viniendo de Alicante como un

BENIDORM



Benidorm es propiamente, en su parte moderna, un barrio de la Concepción, edificado entre la orilla del mar y las montañas de color de detergente de la Costa Blanca. Pero el Benidorm nuevo, surgido de la nada, del milagro turístico, oculta casi por completo la gracia del Benidorm antiguo. En la foto inferior derecha, uno de los muchos supermercados de Benidorm, donde los inquilinos de los apartamentos siguen viviendo la vida de las grandes ciudades.



espejismo de cemento. Tenemos la impresión de que lo han puesto allí poco antes de nuestra llegada y de que lo pueden quitar de un momento a otro. Una vez dentro de la ciudad, distinguimos claramente dos Benidorm, el pueblecito de pescadores que se extiende sobre el pequeño montículo que avanza hacia el mar y, con el castillo, las casas de rancio estilo popular y las tapias florecidas de jazmines y, a ambos lados del pueblo, las grandes avenidas bordeadas de bloques de apartamentos y rascacielos. Es propiamente, en su parte moderna, un barrio de la Concepción edificado entre la orilla del mar y las montañas de color de detergente. Pero el Benidorm nuevo, surgido de la nada del milagro turístico oculta casi por completo la gracia del Benidorm antiguo.

Lo que da a Benidorm su carácter es que, en esta sucesión de bloques de cemento que parece aberrante en el paisaje de la Costa Blanca, se concentra en



BENIDORM

el verano una población superior a la de muchas capitales de provincia. El pueblo no tenía más allá de mil habitantes cuando empezó a desarrollarse. Tiene ahora, en el invierno, unos ocho mil. Durante los meses de julio y agosto alcanza sin duda los cien mil habitantes.

Encontramos habitación en un pequeño hotel situado en la parte alta del pueblo, sobre el acantilado que da a la playa. El hotel estaba lleno de extranjeros. Oficinistas alemanes, obreros franceses, empleados del Norte de Europa. Había incluso un minero australiano, de las minas de cobre, un muchacho rubio de ojos vivos que gesticulaba mucho al hablar y que estaba empeñado en llevarse a Australia a la camarera que servía en el comedor, una chica andaluza, pequeña, que se llamaba Luci. Trataba de explicar, gritando mucho, que iba con intenciones serias y aseguraba que en Australia los hombres son fieles a su mujer. «Sí —decía ella—, hasta que se cansan».

El turismo de Benidorm no es el turismo de lujo. Aparte de dos o tres hoteles importantes, la mayor parte de las instalaciones están concebidas para el turismo masivo que las agencias de viajes traen como mercancía hasta el vecino aeropuerto de Alicante. Según dicen los comerciantes de Benidorm, tanto las tiendas como los restaurantes, las cafeterías y los establecimientos nocturnos hacen su mejor negocio con los españoles. «Cuando un español sale de casa, sale bien, y si no, no sale». «Salir bien» significa salir con dinero. Los camareros cuentan historias tristes acerca de los escasos fondos que traen consigo los turistas. El marido y la mujer que chupan de una sola botella de coca-cola, cada uno con una pajita. El otro matrimonio que cena todos los días en un restaurante y un día cena él y otro día cena ella, un día él y otro ella. La familia inglesa que llega con pocas libras y quiere comer tarta helada y le dice al camarero: «¿Media tarta no posible?» «No posible», contesta el camarero. Los turistas vienen con el dinero contado y con la mentalidad de la clase media europea, según la cual hay que sacarle al dinero el máximo jugo posible prolongando el placer que proporciona durante el mayor tiempo posible. El español, en cambio, que tiene una ilimitada propensión a presumir de rico y una ilimitada vergüenza de ser pobre, que se pelea con los amigos por



El caballero es, indudablemente, de Madrid. Benidorm parece, en cierto modo, un barrio extremo de la capital.

pagar en la cafetería, es perfectamente capaz de dormir en un cuarto sin ventilación, de comer a mediodía un bocadillo por todo almuerzo, de acortar sus vacaciones de un mes a quince días, con tal de poder seguir impresionando a conocidos y desconocidos con sus muestras de largueza.

Nada más llegar nos bajamos a la playa por la escalera tallada en la piedra del acantilado. Trabajamos amistad con un grupo de jóvenes —chicos y chicas—, lo que tardamos en darnos la primera zambullida, sentarnos en la arena y pedir lumbrera para el cigarrillo. Algunos de aquellos muchachos eran de Madrid; otros, residentes en Benidorm durante todo el año. Me contaron muchas cosas de la gente del pueblo y del tremendo desbarajuste que se había producido entre ellos como consecuencia del vertiginoso crecimiento de Benidorm. No es difícil imaginar lo que ocurre en una aldea de mil habitantes si, de pronto, caen sobre ella cien mil turistas —es una forma de decirlo—, con la consiguiente demanda de espacio, de comida y de diversión. La sacudida es terrible. Y esto es precisamente lo que ha sucedido en Benidorm en el espacio de unos pocos años. Me contaron de un anciano del pueblo que se lamentaba de haber vendido, muy poco tiempo antes de empezar el «boom» turístico, unos terrenos

de la franja de la costa que entonces no valían nada, al ver al campesino que se lo compró convertido en un floreciente hombre de negocios. Aseguraban, no sé si para hacer un chiste, que los propietarios de Benidorm solían dejar los naranjales y las tierras de cultivo, que estaban en el interior, a los más fieles y bondadosos de sus hijos, mientras que a los garbanos negros de las familias le legaban las parcelas más malas e improductivas situadas en lo que ellos llamaban «la marina», es decir, las más próximas a la costa. De ser verdad eso, y no dudo que en algún caso lo haya sido, los ovejas negras de las casas se hicieron con los predios que a la larga habían de ser más valiosos. Es algo así como una extraña novela sobre el tema de «La virtud castigada», que está por escribir en Benidorm y en todas partes.

Pero ése no era mi tema. Yo venía buscando las vacaciones de los españoles. Y tengo que decir que los españoles somos inconfundibles, aún mezclados en la barahúnda del turismo internacional. No se trata ya del aspecto físico, porque eso se presta a confusión. Es más bien una cuestión cultural, diría yo, que se manifiesta en las actitudes. Los matrimonios extranjeros, por ejemplo, suelen pasearse por las calles parsimoniosamente, el hombre detrás de la mujer, o lo contrario, mientras

miran los escaparates de las tiendas. Los españoles no conciben esto. Los matrimonios andan invariablemente cogidos del brazo, o, al menos, uno al lado del otro. Los hombres españoles, cuando van solos, miran sin disimulo a las mujeres. Los extranjeros, no. Es a veces un simple detalle lo que nos hace adivinar. Una forma de fruncir el ceño, una cierta mirada, lo mismo en los hombres que en las mujeres, denota que vamos juzgando lo que vemos. Ellos, no. A los extranjeros no les importa que les miren, les trae sin cuidado. Entre nosotros, en cambio, mirar a alguien por la calle se considera delictivo. Existe un insulto «de mirada» además de un insulto de palabra. Una de las cosas más características es que las chicas extranjeras, cuando están en lugares de veraneo, no se preocupan de arreglarse, salvo para una ocasión especial. Las españolas, que ahora empiezan a vestir con las modas traídas de fuera, se distinguen por llevar siempre una ropa muy nueva que se han comprado probablemente al principio de las vacaciones. Son capaces de ir por la calle con minipool, pero el minipool parece recién traído de la tienda. Suelen andar en grupitos de dos o tres, con aire de perseguidas, siempre muy bien puestas y pintadas, con muchos bolsos y cestas de playa en los que llevan su impedimento. Las señoras casadas suelen lle-

ESTE ES EL AUTORRADIO TELEFUNKEN

(hace a su coche más coche)



estas son algunas de
sus exclusivas ventajas:

Para que Vd. ponga música a su libertad. TELEFUNKEN ha creado este alegre compañero de viaje. Instale miles y miles de kilómetros felices con la potencia y fidelidad del AUTO RADIO TELEFUNKEN (Vd. cambiará de coche, pero no de autorradio). ¿Por qué no anticipar la fiesta en su coche con un AUTO RADIO TELEFUNKEN? (Es un detalle que sus acompañantes comentarán). Póngale a su coche TELEFUNKEN... y gasolina.

PODRÍAMOS CONTINUAR CON
OTRAS VENTAJAS IMPORTANTES...

...pero vale más
que Vd.
"lo ponga en marcha"
personalmente!



PREFIERA TELEFUNKEN
TELEFUNKEN VALE PARA TODA LA VIDA

TELEFUNKEN



BENIDORM

var ahora para echarse al agua esos antipáticos gorros de plástico rizaditos, en forma de flores de colorines.

Durante los días que estuvimos en Benidorm solíamos comer en el Bar Calpi, donde sirven un excelente pescado. Su propietario, Joan Calpi, es un levantino pequeño de cuerpo, de ojos vivos, que atiende él solo las cincuenta mesas de su establecimiento con una rapidez increíble. Se acerca a las mesas gritando ya desde lejos: «¿Qué voldran els senyorets?». Le llama «senyoret» a todo el que entra en su casa, sea español o extranjero. El catalán que se habla en Alicante es muy vivo y está lleno de expresiones graciosas.

Tomábamos café en el International, en el Rugby o en la terraza del Miami, que es el lugar más abigarrado de Benidorm. Por las noches íbamos a dar una vuelta por los clubs de moda: El Hipocampo, Jimmy's, y uno que llevaba el agresivo nombre de 007. Benidorm tiene indudablemente un cierto tono camusiano que casa muy bien con el paisaje casi argelino de la Costa Blanca. Se percibe en el ambiente la influencia de los «pieds noirs», establecidos en la provincia de Alicante y preferentemente en Benidorm después de su salida de Argelia. La noche de Benidorm era predominantemente francesa, de la Francia antidemocrática que parece mostrarse más eufórica y triunfalista después de los últimos acontecimientos.

Mientras estábamos sentados en las terrazas de los cafés yo preguntaba a mis amigos: «¿Y todos estos españoles, de dónde

son?». «Son madrileños casi todos ellos», me decían. La mayoría de los coches que estaban por allí aparcados, salvo los que llevaban la matrícula de Alicante, eran de Madrid. Por todas partes se escuchaba la entonación del madrileño. En las calles del pueblo había proporcionalmente tantas peluquerías como hay en la capital. Viendo pasar a las familias cargadas con los bolsos de playa, con las sillas plegables, a los matrimonios, a los grupos de jóvenes, a la abuelita con la hija soltera, a las hermanas ya maduras teñidas de rubio, a los caballeros cuarentones mirando nerviosamente a derecha e izquierda, yo reconocía el rostro familiar de la clase media madrileña y hacía cábalas para mis adentros tratando de adjudicarles a cada uno el puesto exacto que parecía corresponderle. Un señor tenía cara de funcionario del Ministerio, el de más allá parecía abogado o acaso juez. Aquella señora no podía ser otra cosa que la dueña de una pensión de la calle de Fuencarral. Esa chica rubia, una secretaria de una gran empresa. El otro muchacho, un opositor. Un señor que andaba muy seguro con su mujer, moreno de piel, con el bigotito recortado, era sin duda un comerciante de electrodomésticos, con tienda propia en el barrio de Salamanca. Y así, bajo el sol brillante del Mediterráneo, Benidorm se convertía en un barrio extremo de la Villa y Corte, con vistas al mar.

Salimos en el ciento veinticuatro hacia la playa de Salou. ■
LUIS CARANDELL. Fotos: MARTINEZ PARRA.



Mucho
ánimo ante
el viaje
que
les espera.
Seis mil
kilómetros
a través
del veraneo
español.

en el próximo número:

VERANEO A LA ESPAÑOLA - 2: **SALOU**